

Lettera Amatora

RENÉ CHAR

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR CRISTÓBAL SANTA CRUZ

RÓTULO DE LETTERA AMOROSA

*Amantes que sólo vivís para vosotros, en las calles en los bosques
y en la poesía; pareja que enfrenta el riesgo, en la ausencia, en el
regreso, pero igualmente en el tiempo brutal: este poema sólo habla
de vosotros.*

(1953)

DEDICATORIA

*Non è già part' in voi che
Con forz' invincibile d'amore
Tutt'a se non mi tragga.*

MONTEVERDI
Lettera amorosa

Vuelta a los cimientos, años de aflicción... ¡Derecho natural! Darán vida una vez más, pese a ellos, a la Obra desde siempre admirada.

Te quiero. Cuán pronto se vería privado el ambicioso que permaneciera incrédulo ante la mujer, como el abejón y su habilidad cada vez menos espaciosa. Te quiero, mientras deriva la pesada barca de la muerte.

“Fue tal mes de Eros sediento, bendito mundo, que ella iluminó el edificio de mi ser, la cuenca de su vientre: yo los mezclé para siempre. Y fue en ese segundo de mi aprensión que transformó el sendero vago y aberrante de mi destino en un camino de parhelio para la felicidad furtiva de la tierra de los amantes.”



*Su corazón súbitamente privado,
el huésped del desierto se vuelve
casi legiblemente corazón afortunado,
corazón crecido, diadema.*

...Ya no tengo fiebre esta mañana. Mi cabeza está nuevamente clara y vacante, posada como una roca sobre un vergel hecho a tu imagen. El viento que ayer soplaba desde el norte estremece aquí y allá el flanco herido de los árboles.

Siento que este país te debe una emotividad menos desafiante y unos ojos distintos a aquellos con los que consideraba antaño las cosas. Te has ido y permaneces en la inflexión de las circunstancias, puesto que él y yo sufrimos. Para tranquilizarte en mi pensamiento, he roto con los visitantes eventuales, las faenas y la contradicción. Descanso, tal como dices que debo hacerlo. Muchas veces voy a dormir a la montaña. Es cuando huyo, amparado por una naturaleza nuevamente favorable, de las astillas hundidas en mi carne, viejos accidentes, ásperas pruebas.

¿Podrás aceptar junto a ti a un hombre tan anhelante?

Lunas y noche, sois un lobo de seda negra, aldea sobre mi amor que estoy velando.

“Examina tus párpados”, me decía mi madre reclinada sobre mi presueño de colegial. Yo percibía una pequeña piedra flotante, a ratos perezosa, a ratos estridente, un guijarro que verdecería sobre la hierba. Lloraba. Lo hubiera querido en mi alma, y sólo ahí.

Canto de insomnio:

“¡Amor que llama, vendrá la Enamorada,
Gloria del estío, oh frutos!
La flecha del sol atravesará sus labios,
El trébol desnudo ensortijará sobre su carne,
Miniatura semejante al iris, la orquídea,
Regalo primero de las praderas al placer,
Que la cascada instila, que la boca libera.”

Quisiera deslizarme en un bosque donde las plantas se cerraran y se estrecharan tras nosotros, bosque muchas veces centenario, pero aún por sembrar. Qué lástima haber pasado, en nuestra corta vida, junto al fuego con manos de pescador de esponjas.

“Dos chispas, tus ancestros”, replica la viola del tiempo, burlándose sin compasión.

Mi elogio se arremolina sobre los rizos de tu frente, cual gavilán de pico recto.

¡El otoño! El parque cuenta sus árboles muy distintos. Este es comúnmente rojizo, aquel otro que cierra el camino es un hervidero de espinas. El petirrojo ya llegó, el gentil laudista de los campos. Las gotas de su canto se desgranán sobre el cristal de la ventana. Entre la hierba del césped tiemblan mágicos asesinatos de insectos. Escucha, pero no oigas.

A veces pienso que sería bueno ahogarse en la superficie de un estanque donde ninguna barca se aventurara. Luego, resucitar en la corriente de un torrente verdadero donde tus colores saltaran a borbotones.



Aquello que encierra esta ciudad donde te encuentras retenida tiene que ceder. Viento, viento en torno a los troncos y sobre los cañamos.

He alzado los ojos hacia la ventana de tu cuarto. ¿Te lo llevaste todo? Es sólo un copo derriéndose sobre mi párpado. Vil estación en la que uno cree extrañar, en la que uno proyecta, cuando en verdad se debilita.

El aire que siento siempre a punto de faltarle a la mayoría de los seres, si te atraviesa, alcanza profusión y placeres fulgurantes.

Río maravillosamente contigo. He ahí la suerte única.

Ausente siempre donde se festeja a un ausente.

No puedo ser ni quiero vivir sino en el espacio y en la libertad de mi amor. Juntos no somos el producto de una capitulación, ni motivo de una servidumbre aún más deprimente. Por ello llevamos a cabo maliciosamente, el uno contra el otro, una guerrilla sin reproche.

Tú eres placer, con cada ola separada de sus olas venideras. Al fin todas embisten a la vez. Es el mar que se funda, que se inventa. Tú eres placer, coral de espumas.

¿Quién no ha soñado, al vagar por grandes avenidas, con un mundo que en lugar de comenzar con la palabra lo hiciera con las intenciones?

Nuestras palabras demoran en llegarnos, como si cada una contuviera suficiente savia para permanecer cerrada todo un invierno; o mejor, como si, acechándose a cada extremo de la silenciosa distancia, les fuera negado precipitarse y unirse. Nuestra voz corre de un punto a otro; pero cada calle, cada cepa, cada tallo la trae hacia sí, la retiene, la interroga. Todo es pretexto para retrasarla.

Muchas veces sólo hablo para ti, para que la tierra me olvide.

Después del viento siempre era más hermoso, aunque perdurara el dolor de la naturaleza.

Acabo de regresar. He caminado un largo rato. Tú eres la Continua. Hago fuego. Me siento en el sillón de panacea. Mi fatiga escala a su vez por los pliegues de las llamas bárbaras. Metamorfosis benévola que alterna con la funesta.

Afuera, indoloro, se arrastra el día, que las varas de los sauces renuncian a fustigar. Más arriba, la medida del oquedal que el ladrido de los perros y el grito de los cazadores desgarran.

Nuestra arca, la muy perfecta, naufraga en el momento de su apogeo. Entre el polvo y los escombros reaparece el hombre con rostro de recién nacido. Ya semi líquido, ya semi flor.

La tierra brama por las noches de pareo. No cabe esperar una conspiración de hojas muertas.

Si no hubiera nadie más que nosotros en el mundo, amor mío, no tendríamos ni cómplices ni aliados. Seríamos cándidos precursores o supervivientes alelados.

El ejercicio de la vida, algunos combates sin posible desenlace pero siempre legítimos me han enseñado a mirar a la persona humana bajo el ángulo del cielo cuyo azul de tormenta más le favorece.

Toda la boca y el hambre de algo que superara la luz (más recortado y asible) se desatan.

Aquel que vela en las cimas del placer se iguala con el sol y la noche. Aquel que vela no tiene alas, no persigue.

Entreabro la puerta de nuestro cuarto. Aquí duermen nuestros juegos. Dispuestos por tu propia mano. Blasones endurecidos, esta mañana, como miel del cerezo.

Mi exilio está cautivo en el granizo. Mi exilio sube a su torre de paciencia. ¿Por qué se encorva el cielo?

Hay parcelas de lugares donde el alma súbitamente exulta. En torno suyo, sólo un espacio indiferente. Del suelo gélido se levanta, despliega cual canto su abrigo para proteger aquello que la trastorna, apartarlo de los ojos del frío.

¿Por qué, de todos los campos, el de la herida es el más próspero? Los hombres de viejas miradas, que oyeron una orden del cielo traspasado, reciben sin sorpresa la noticia.

Afilador de mi propio mal, sufro al oír las fuentes de tu ruta repartirse la manzana de las tormentas.



Una campanilla tintinea sobre la pendiente del musgo donde te adormecías, ángel mío del recodo. El suelo de guijarros diminutos era el revés húmedo del largo cielo, los árboles, intrépidos bailarines.

Tregua, sobre la verja, de tu hocico ahíto de espumas; yegua de mal sueño, tu carrera concluyó hace mucho.

Este invernar del pensamiento volcado en un solo ser que la ausencia se empeña en situar a media distancia entre lo facticio y lo sobrenatural.

No es fácil permanecer sobre la ola del valor cuando se sigue con la mirada un pájaro volando en el declinar del día.

No confundo la soledad con la lira del desierto. La nube que circunda esta noche tu oído no es de nieve adormecedora, sino de nieblas arrancadas a la primavera.

Hay dos iris en el agua verde del Sorgue. Si la corriente se los llevara, sería decapitados.

Mi codicia cómica, mi gélido deseo: coger tu cabeza como un ave rapaz al borde del abismo. Muchas veces te cogí en mis manos bajo la lluvia de los acantilados, cual halcón encapuchado.

He aquí aún los escalones del mundo concreto, la perspectiva oscura donde gesticulan siluetas de hombres en las rapiñas y la discordia. Otras, compensadoras, ordenan el fuego de la cosecha, se reconcilian con las nubes.

Gracias por ser, iris, sin nunca quebrarte, mi flor de gravedad. Alzas al borde de las aguas remedios milagrosos, no pesas sobre los moribundos que velas, apagas heridas sobre las que el

tiempo no tiene acción, no conduces a una casa consternante, permites que todas las ventanas reflejadas compongan un solo rostro de pasión, acompaña el regreso del día sobre las verdes avenidas libres.

SOBRE EL BORDE LIBRE

- I. IRIS. 1. Nombre de una divinidad de la mitología griega, que era la mensajera de los dioses. Al desplegar su bufanda, producía el arcoiris.
2. Nombre de mujer, utilizado por los poetas para designar a una mujer amada e incluso a cualquier dama cuyo nombre auténtico se quiere ocultar.
3. Pequeño planeta.
- II. IRIS. Nombre específico de una mariposa, lirio ninfal, llamada el gran marzo cambiante. Protege de visitantes fúnebres.
- III. IRIS. Los ojos azules, los ojos negros, los ojos verdes son aquellos cuyo iris es azul, es negro, es verde.
- IV. IRIS. Planta. Iris amarillo de los ríos.
- ... Iris plural, iris de Eros, iris de *Lettera Amorosa*.